

Domingo XII Tiempo Ordinario

Zacarías 12, 10-11; 13,1 Gálatas 3, 26-29 Lucas 9, 18-24

“Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”

20 Junio 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“EL QUE QUIERA SALVAR SU VIDA LA PERDERÁ; PERO EL QUE PIERDA SU VIDA POR MI CAUSA LA SALVARÁ”

Hay preguntas que pueden llegar a quitarnos la paz: “¿Quién dice la gente que soy yo?”

Nos preocupa tanto la opinión de los demás, que pensamos que sólo valemos si los demás aceptan y reconocen nuestro valor. Creemos que valemos más siempre y cuando encontramos aprobación en todos. Sin embargo, por otro lado, sabemos que no nos debería importar lo que los demás piensen de nosotros; así lo recuerda **Regina Brett**: “*Lo que las otras personas piensen de ti, no te incumbe*”. A pesar de ello, si somos sinceros, nos importa mucho. Hasta el punto de que nuestro estado de ánimo cambia, para mal o para bien, a partir del rechazo o aceptación de las personas. **Por otro lado, hay otra pregunta que se esconde detrás de la anterior: “¿Quién pienso que soy yo en realidad? ¿Quién creo que soy?”** Cuando queremos saber lo que los demás piensan de nosotros, queremos averiguar quiénes somos de verdad. El otro día, pensando en esta pregunta que tanta con frecuencia nos hacemos, leía: “*Has de conocer esta compleja realidad que eres tú y también saber qué esperas. Hoy es el primer día del resto de tu vida. Si lo deseas, aún estás a tiempo de cambiar de camino. ¿Crees que no eres lo bastante feliz?*”¹ Leía esta respuesta y recordaba las preguntas que hacía el protagonista de la película “**Ahora o nunca**”: “*¿Has sido feliz en tu vida? ¿Has hecho feliz a alguien?*” Al final de nuestra vida nos van a examinar en el amor que hemos disfrutado y entregado. Dios sólo quiere que vivamos en plenitud, sin miedos. La respuesta a la pregunta sobre nuestra identidad tiene que ver con el amor y con la felicidad que hayamos regalado, a aquellos que han compartido nuestra vida. Nuestra identidad, nuestro verdadero ser, no nos lo dan los otros con sus opiniones, no se basa en los éxitos logrados. Si somos fieles a nuestro verdadero ser, si nos aceptamos en nuestra pobreza y grandeza, si besamos la cruz que nos toca llevar con humildad, tendremos paz y daremos esa paz a otros. Así decía **Confucio**: “*Si no estamos en paz con nosotros mismos, no podemos guiar a otros en la búsqueda de la paz*”. **Muchas veces no damos felicidad y es porque no somos felices, porque nuestro corazón no tiene paz y no descansa en Dios, porque vamos inquietos de un lado a otro sin encontrarnos.**

Y es que nos dejamos arrastrar por el peso imposible de nuestro pasado o por nuestra realidad limitada y perdemos la esperanza y la alegría frente al futuro de nuestra vida.

Nuestro pasado, con sus caídas y torpezas, se convierte en un peso difícil de cargar. Nuestra vida, llena de límites, nos atenaza y no nos deja soñar. Y lo más difícil, el futuro, se convierte en una trampa que nos impide soñar con paz y alegría y vivir confiados el presente. Ya lo decía **Mark Twain**: “*Durante mi vida he sufrido muchas desgracias que nunca llegaron a ocurrir*”. Pensando en los males que nos pueden ocurrir, dejamos de vivir el presente con optimismo. En definitiva, sufrimos por nuestro pasado, por nuestro presente y por nuestro futuro. Y muchas veces sufrimos en vano. Como dice la psicóloga **Carmen Serrat-Valera**: “*Hoy es el pasado de mañana. Voy a empezar a cambiar para*

¹ Manuel Guiraudier, Cómo ser feliz

construirme un nuevo pasado"². Podemos empezar siempre de nuevo. Podemos volver a descubrir la esencia, lo más auténtico de nuestro ser. Podemos descubrir que Dios ha puesto en nuestro corazón una semilla que sueña con hacerse árbol en la fuerza de Dios. Por eso es importante esta pregunta: *¿Sabemos realmente quiénes somos?*

Para descubrir nuestro verdadero ser tenemos que preguntarle a Dios. Por eso hoy miramos a Dios y le preguntamos: *“¿Quién dices Tú, Señor, que soy yo?”*. **Las palabras del salmo reflejan el sentido de nuestra vida anclada en Dios.** Estamos hechos para Dios y, sin Él, nada somos: *“Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío. Oh Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo, mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansia de ti como tierra reseca, agostada, sin agua. ¡Cómo te contemplaba en el santuario viendo tu fuerza y tu gloria! Tu gracia vale más que la vida, te alabarán mis labios. Toda mi vida te bendeciré y alzaré las manos invocándote. Me saciaré como de enjundia y de manteca, y mis labios te alabarán jubilosos. Porque fuiste mi auxilio, y a la sombra de tus alas canto con júbilo; mi alma está unida a ti, y tu diestra me sostiene”*. Sal 62, 2. 3-4. 5-6. 8-9. Dios es quien nos permite descubrir nuestra verdadera identidad. En Él nos reflejamos y descubrimos lo que quiere que seamos. Si le damos la espalda a Dios en nuestra vida, dejamos de ver con claridad la profundidad de nuestro corazón. **Zacarías** habla de la gracia que se nos regalará y nos hará ver con claridad quiénes somos: *«Derramaré sobre la dinastía de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de clemencia»*. Ésta es la pregunta fundamental, la llave que abre todas las puertas. Hoy, de rodillas, en la humildad del corazón, deseamos saber la respuesta más importante. Como Jacob, herido por el ángel de Dios, imploramos que se nos revele, en el nombre del mismo Dios, nuestro propio nombre: *“Jacob le preguntó: Dime por favor tu nombre”* Gn 32,30. En Dios, en su misterio revelado, **sabemos que tendremos la luz para descubrir nuestro verdadero ser, nuestra misión de vida, nuestra identidad.**

Ante Dios todos tenemos el mismo valor y la misma dignidad. En Cristo encontramos nuestro ser: *“Todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y, si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos de la promesa”*. Gálatas 3, 26-29. **S. Pablo** hace un proceso de conversión para poder repetir estas palabras con el corazón. Cada mañana el judío reza esta oración: *“Bendito seas, Señor, porque me has creado judío y no pagano; porque me has creado hombre libre y no esclavo; porque me has creado hombre y no mujer”*. Saulo, antes de su caída del caballo, antes de recibir un nuevo nombre, lo rezaba con fervor. Sin embargo, después de haberse encontrado con ese Cristo al que él perseguía, ve las cosas con una nueva mirada; ya no hay diferencias, todos somos iguales ante Dios, en la fuerza del Espíritu que nos une. **Todos tenemos la misma dignidad ante Dios; su opinión sobre nosotros, la opinión de Dios, es la que realmente debería importarnos.**

Jesús, en el evangelio de hoy, pregunta primero por la opinión de la gente: *“Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: - « ¿Quién dice la gente que soy yo?»* No es el miedo al rechazo lo que mueve el corazón de Jesús; no pretende afirmar su propia autoestima a partir de voces que lo aprueben. Jesús no quería tampoco hacer un estudio de mercado y ver cómo iba creciendo su popularidad entre su pueblo. Sabía perfectamente lo que la gente pensaba de Él. Sabía leer el corazón del hombre y descubrir sus más profundos pensamientos. Con frecuencia se entristecía al ver lo que pensaban, porque se quedaban en las apariencias, sin profundizar. Le costaban los juicios gratuitos y las acusaciones silenciosas. Sabía que el corazón del hombre se quedaba en la superficie, sin ir al fondo; en los triunfos pasajeros, que se esfumaban con el tiempo. La memoria es débil y todo se olvidaba si no había verdadera conversión. Los discípulos,

² Carmen Serrat-Valera y Alexa Diéguez, Tú puedes aprender a ser feliz, 104

por su parte, tenían claro lo que se decía sobre Jesús: *“Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.»* La pretensión del hombre es la de encasillar. Es más fácil aplicar categorías humanas a aquel que había venido a sorprender nuestros juicios. Era más fácil pensar que Jesús era Elías u otro profeta. **Así no era urgente cambiar de vida y emprender un nuevo camino.**

Sin embargo, Jesús quiere saber más. Le interesa profundizar en el corazón de aquellos que su Padre le ha confiado: *“Él les preguntó: - «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»* No basta con saber lo que otros opinan, porque no han vivido a su lado y no lo aman. Aunque es cierto que todos opinamos muchas veces sin saber y sin conocer a las personas. Decía el director de la película *“La última cima”*: *“De todos los entrevistados que hablaron mal de los sacerdotes, el 97 % no había hablado nunca en privado con un cura”*. Lo que le importa de verdad a Jesús es saber qué piensan los que sí le conocen, los que han pasado la vida a su lado, los que han compartido la comida y escuchado sus largas conversaciones. Los que se han enamorado de Él y lo han dejado todo por seguirle, los que son incondicionales y no quieren abandonarlo en ningún caso. Jesús conoce el corazón del hombre y más todavía el corazón de sus discípulos. Conoce sus miedos y las confusiones que los atormentaban. Entiende sus inseguridades y acepta que no acaben de comprender lo que está ocurriendo. Por eso quiere que sus discípulos empiecen a recorrer el camino más difícil con Él. Está a punto de anunciarles la pasión que le espera en Jerusalén y **quiere que entiendan quién es Él de verdad y la misión que le espera en su vida. Sólo así estarán preparados para seguir su camino.**

Sin embargo, a esta segunda pregunta, ya no contestan todos. El miedo, el respeto o la inseguridad les hacen guardar silencio. Sólo Pedro se atreve a hablar en su impulsividad y contesta: *“Pedro tomó la palabra y dijo: «El Mesías de Dios.»* Pedro, por inspiración divina, responde con verdad, pero no entiende el significado más profundo de la afirmación: *“Y añadió (Jesús): «El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y escribas, ser ejecutado y resucitar al tercer día.»* En el Evangelio de Marcos Pedro va a intentar disuadir a Jesús al ver sus planes inconcebibles: *“Entonces Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderle”* Mc 8,32. Y en Mateo es más claro el pensamiento de Pedro: *“Entonces Pedro le llevó aparte y comenzó a reprenderle, diciendo: ¡Dios no lo quiera, Señor! ¡Eso no te puede pasar!”* Mt 16,22. Pedro sabe muy bien la respuesta, Jesús es el Hijo de Dios, el esperado, el Mesías. Sin embargo, para él, esta definición hace referencia al Salvador, a aquel que vendría a darles la liberación definitiva como pueblo. No podía comprender que el final fuera la muerte, como Jesús quiere explicarles. Ése no podía ser el final del camino, sería algo absurdo e incomprensible. Pedro y los demás lo habían dejado todo, confiados en la misión que tenía Jesús para el mundo. De forma muy concreta, sentían que su vida iba a salvar a su pueblo en sus necesidades más cotidianas, en el momento y en el lugar en el que les tocaba vivir. **No miraban más allá, no tenían la mirada de Dios, y, por eso, no eran capaces de superar sus limitaciones más humanas.**

Hoy la pregunta nos llega a nosotros con la misma fuerza de entonces: ¿Quién decís vosotros que soy yo? Nosotros entramos en la categoría de aquellos que han decidido seguir a Jesús sabiendo ya cuál es su camino. Esta pregunta se queda de nuevo grabada en nuestro corazón. Nos pesa y nos incomoda. **¿Sabemos realmente quién es Jesús?** Creo que con frecuencia tenemos una idea reducida de Jesús. Creemos saber quién es y lo limitamos. Si lo encasillamos nos es más fácil vivir con Él sin grandes contratiempos, porque así tendremos la certeza de comprender sus peticiones. Si lo reducimos a una imagen más humana, nos será más llevadero estar a su lado. Pero Cristo es mucho más y no se deja encasillar. Cristo no quiere que lo reduzcamos a unos mínimos. Él lo pide todo y no se conforma con una pálida entrega de nuestra vida. **Quiere nuestro sí incondicional, nuestra alegría y disponibilidad para seguirle donde Él nos pida.**

Por eso hoy nos hacemos la pregunta: ¿Cuál es esa imagen de Cristo que llevamos grabada en el corazón? De esa imagen dependen muchas cosas en nuestra forma de mirar a Dios y en nuestra forma de amar y actuar. Jesús es claro: *“Y, dirigiéndose a todos, dijo: «El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa la salvará.» Lucas 9, 18-24.* En Mateo se pregunta el Señor: *“¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde la vida? ¿O cuánto podrá pagar el hombre por su vida?” Mt 16,26.* Seguir a Jesús no admite la tibieza de corazón. No podemos dar algo a Jesús en el seguimiento, sólo podemos darnos por entero. O se lo damos todo o no lo seguimos. La radicalidad del mensaje de Cristo es manifiesta. Jesús nos invita a la lucha y a la entrega total. Así lo explica **S. Cirilo**: *“Los superiores de entre los generales excitan a sus valientes al valor en el manejo de las armas, no ofreciéndoles únicamente los honores de la victoria, sino diciéndoles que también su memoria será gloriosa si sucumben en la pelea”.* Nuestra vida está llamada a la gloria de la entrega. Seremos recordados por la medida de nuestro amor. No obstante, muchas veces, el éxito, la vanidad del reconocimiento o la gloria temporal, pesan más en nuestro corazón. Dice **S. Teofilacto**: *“El que quiera seguir a Cristo no debe huir el padecer por Él aún la muerte más ignominiosa”.* **Estar dispuestos a esa muerte lenta y silenciosa, la muerte oculta entre las sombras, nos parece duro de aceptar.**

Nos sorprende que Jesús nos pida negarnos a nosotros mismos. Hemos hablado tantas veces de nuestra dignidad como cristianos, que nos parece contradictoria la petición. Ahora Jesús parece que nos pide que renunciemos a los más nuestro, a entregar nuestra riqueza. El corazón se rebela. **¿Qué nos pide Jesús en realidad? ¿Nos pide renunciar a nuestra riqueza, a nuestra originalidad, sin entregarla?** No, Jesús no quiere que dejemos de dar lo más nuestro. No quiere que enterremos nuestros talentos bajo tierra. Muy al contrario, sólo quiere que nos regalemos por entero y sin límites, para dar vida a muchos. Cuando Jesús habla de negación se refiere a la actitud de la humildad. El que se niega a sí mismo, se abre a la riqueza de los otros. Negarnos a nosotros mismos tiene varias consecuencias en las que quería detenerme: en primer lugar supone negarnos a nuestros propios **pecados y orgullo** como comenta **Orígenes**: *“Se llama negarse a sí mismo abstenerse de cualquier clase de pecado”.* Negarnos a nosotros mismos supone cambiar de vida y negarnos a seguir dominados por nuestras tentaciones. En segundo lugar exige **cambiar nuestros planes por los de Dios**, aceptar sus decisiones y besar la cruz que llevamos sobre nuestros hombros. Supone negar nuestras pretensiones humanas, nuestros deseos a veces razonables, para abrazar con fe el camino que no logramos entender. En tercer lugar, supone negarnos **en nuestros deseos más inconfesables: ser reconocidos, amados, buscados o admirados.** Es el verdadero camino de la libertad interior; porque nos permite vivir con más paz y alegría. Si nos atamos a nuestras pretensiones humanas, perdemos la alegría y la libertad. **La humildad de la negación nos hace más niños y más alegres, porque nos quita toda pretensión, y nos hace dóciles a la palabra de Dios.**

No obstante, esas negaciones no nos resultan demasiado fáciles. Hoy nos hacemos la pregunta: ¿Cómo podemos perder la vida, negándonos a nosotros mismos, cargando con la cruz? La respuesta parece evidente: **Sólo en el amor de Dios podremos entregar la vida.** Lo decía **Don Bosco**: *“Si quieren desarrollar en sus hijos cada una de las virtudes, procuren que ellos los amen”.* El camino es el amor. La imagen de Jesús que mueve al seguimiento sólo puede estar centrada en el amor: aquel que nos ha amado. Porque cuando hemos experimentado el amor de Dios en nuestra vida podremos dar amor allí donde nos encontremos. Lo explica así el **P. Kentenich**: *“Un hombre noble que haya encontrado un hogar en Dios se convertirá él mismo en hogar para muchos”³.* A Jesús sólo le podrán seguir aquellos que se hayan sabido amados profundamente por Él. En su amor

³ J. Kentenich, llamado, consagrado y enviado, 91

se hacen capaces para el seguimiento. En su amor es posible cargar con la cruz y entender que, renunciar al propio orgullo, es el único camino que nos da la felicidad verdadera. **En su amor se hace más fácil no luchar por retener la vida y entregarla, sabiendo que la recobramos más pura y llena de luz.**

En nuestro Santuario, celebramos hoy el 9º Aniversario de su bendición; iniciamos así el año jubilar del 10º Aniversario, que culminará en la fiesta de la Santísima Trinidad del 2011, el 19 de Junio. Tenemos en Schoenstatt una imagen muy reconocible de Cristo: La cruz de la unidad. En ella, Cristo aparece con María. Esta “biunidad” expresa una forma de vivir anclados en Cristo y en su Madre. Sus corazones están unidos en la cruz. Dice el **P. Kentenich**: *“No existe en los planes del Dios eterno imagen alguna de María que esté separada de Cristo”*⁴. Esa presencia de María junto a Cristo es parte de la identidad de ese Cristo al que seguimos. Jesús, con su costado abierto, abrazado a María, su Madre, se entrega a nosotros: *“Dios no pensó, ni vio, ni quiso nunca a María de otra manera sino en la más íntima e inseparable comunión con Cristo”*⁵. Miramos a María y miramos a Cristo. La vida de María no se puede entender separada de su Hijo. Dios los pensó unidos para siempre. Nosotros no queremos separarlos. Cada vez que miramos a María, vemos a Cristo; cada vez que miramos a Cristo, vemos a María. En sus brazos o en la cruz, Jesús está inscrito en el corazón de su Madre. Y Ella está profundamente atada al Señor para siempre. Madre e Hijo están inseparablemente unidos en la eternidad. Al unirnos nosotros a nuestra Madre nos unimos a Cristo. En el amor entrañable de Madre se nos regala una gracia especial: la gracia de la filialidad. Así nos sentimos hijos, cobijados y atados al corazón de Cristo para siempre. **Cuando amamos a María, nos adentramos en el corazón llagado del Señor, y allí anclamos nuestro propio corazón herido.**

En este juego de preguntas y respuestas del Evangelio de hoy, aparece la petición del silencio que siempre nos sorprende: *“El les prohibió terminantemente decírselo a nadie”*. Dice **S. Ambrosio**: *“Les prohíbe que lo proclamen hijo de Dios, a fin de que lo anuncien después crucificado”*. No quiere Jesús que en este momento se sepa quién es Él verdaderamente. Después de los sondeos de opinión, tratando de saber lo que piensan de Él, Cristo les pide guardar silencio. Después de la confesión de Pedro, exige silencio. Como si no quisiera que creciera su fama o popularidad. No quiere que hablen de su esencia más profunda. No quiere que desvelen su identidad. No quiere que ocurra hasta que haya pasado todo, hasta después de su muerte y resurrección. No quiere que confundan su divinidad con el éxito humano, con el poder de las cifras y los números. Las palabras del **Zacarías** muestran el camino: *“Me mirarán a mí, a quien traspasaron, harán llanto como llanto por el hijo único, y llorarán como se llora al primogénito. Aquel día, se alumbrará un manantial, a la dinastía de David y a los habitantes de Jerusalén, contra pecados e impurezas”*. Zacarías 12, 10-11; 13,1. Después del dolor de la muerte y del fracaso de la soledad, vendrá la vida. Se alumbrará un manantial que dará una vida nueva. **De la muerte surge la vida, del fracaso el triunfo definitivo. Siempre de nuevo nos asombra.**

Nosotros vivimos buscando el éxito y la victoria momentánea; por eso no pensamos en categorías divinas. Era necesario guardar silencio entonces, pero no ahora. Ahora se nos pide que hablemos, que gitemos y que anunciemos la vida del manantial que brota en el desierto de la muerte. No podemos dejar de predicar. Las categorías de Dios no son las nuestras. Hoy estamos llamados a proclamar el misterio de este Evangelio: el que lo da todo, lo gana todo; el que se reserva, se pierde. El que se busca a sí mismo, desperdicia su vida; el que la da por amor, la gana para siempre. **Sólo la conversión del corazón puede hacernos capaces de comprender y abrazar este camino trazado por Dios.**

⁴ J. Kentenich, La actualidad de María, 67

⁵ Ibídem